

LA MUERTE

ENCONTRÉ a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Fui a él, lo acaricié hablándole, y quise que se levantara...

El pobre se removió todo bruscamente, y dejó una mano arrodillada... No podía... Entonces le tendí su mano en el suelo, lo acaricié de nuevo con ternura, y mandé venir a su médico.

El viejo Darbón, así que lo hubo visto, sumió la enorme boca desdentada hasta la nuca y mecía sobre el pecho la cabeza congestionada, igual que un péndulo.

—Nada bueno, ¿eh?

No sé qué contestó... Que el infeliz se iba... Nada... Que un dolor... Que no sé qué raíz mala... La tierra, entre la yerba...

A mediodía, Platero estaba muerto. La barriguilla de algodón se le había hinchado como el mundo, y sus patas, rígidas y descoloridas, se elevaban al cielo. Parecía su pelo rizado ese pelo de estopa apolillada de las muñecas viejas, que se cae, al pasarle la mano, en una polvorienta tristeza...

Por la cuadra en silencio, encendiéndose cada vez que pasaba por el rayo de sol de la ventanilla, revolaba una bella mariposa de tres colores...

CXXXIII

NOSTALGIA

PLATERO, tú nos ves, ¿verdad?

¿Verdad que ves cómo se ríe en paz, clara y fría, el agua de la noria del huerto; cuál vuelan, en la luz última, las afanosas abejas en torno del romero verde y malva, rosa y oro por el sol que aún enciende la colina?

Platero, tú nos ves, ¿verdad?

¿Verdad que ves pasar por la cuesta roja de la Fuente vieja los borriquillos de las lavanderas, cansados, cojos, tristes en la inmensa pureza que une tierra y cielo en un solo cristal de esplendor?

Platero, tú nos ves, ¿verdad?

¿Verdad que ves a los niños corriendo arrebatados entre las jaras, que tienen posadas en sus ramas sus propias flores, liviano enjambre de vagas mariposas blancas, goteadas de carmín?

Platero, tú nos ves, ¿verdad?

Platero, ¿verdad que tú nos ves? Sí, tú me ves. Y yo creo oír, sí, sí, yo oigo en el poniente despejado, endulzando todo el valle de las viñas, tu tierno rebuzno lastimero...

CXXXIV

EL BORRIQUETE

PUSE en el borriquete de madera la silla, el bocado y el roncal del pobre Platero, y lo llevé todo al granero grande, al rincón en donde están las cunas olvidadas de los niños. El granero es ancho, silencioso, soleado. Desde él se ve todo el campo mogueño: el Molino de viento, rojo, a la izquierda; enfrente, embozado en pinos, Montemayor, con su ermita blanca; tras de la iglesia, el recóndito huerto de la Pifia; en el poniente; el mar, alto y brillante en las mareas del estío.

Por las vacaciones, los niños se van a jugar al granero: hacen coches, con interminables tiros de sillas caídas; hacen teatros; con periódicos pintados de almagra; iglesias; colegios...

A veces se suben en el borriquete sin alma, y con un jaleo inquieto y raudo de pies y manos, trotan por el prado de sus sueños:

—¡Arre, Platero! ¡Arre, Platero!

CXXXV

MELANCOLÍA

ESTA tarde he ido con los niños a visitar la sepultura de Platero, que está en el huerto de la Pifia, al pie del pino redondo y paternal. En torno, abril había adornado la tierra húmeda de grandes lirios amarillos.

Cantaban los chamarices allá arriba, en la cúpula verde, toda pintada de cenit azul, y su trino menudo, florido y reidor, se iba en el aire de oro de la tarde tibia, como un claro sueño de amor nuevo.

Los niños, así que iban llegando, dejaban de gritar. Quietos y serios, sus ojos brillantes en mis ojos, me llenaban de preguntas ansiosas.

—¡Platero amigo! —le dije yo a la tierra—; si, como pienso, estás ahora en un prado del cielo y llevas sobre tu lomo peludo a los ángeles adolescentes, ¿me habrás, quizá, olvidado? Platero, dime: ¿te acuerdas aún de mí?

Y, cual contestando mi pregunta, una leve mariposa blanca, que antes no había visto, revolaba insistentemente, igual que un alma, de lirio en lirio...

CXXXVII

PLATERO DE CARTÓN

PLATERO, cuando, hace un año, salió por el mundo de los hombres un pedazo de este libro que escribí en memoria tuya, una amiga tuya y mía me regaló este Platero de cartón. ¿Lo ves desde ahí? Mira: es mitad gris y mitad blanco; tiene la boca negra y colorada, los ojos enormemente grandes y enormemente negros; lleva unas angarillas de barro con seis macetas de flores de papel de seda, rosas, blancas y amarillas; mueve la cabeza y anda sobre una tabla pintada de azul, con cuatro ruedas toscas.

Acordándome de ti, Platero, he ido tomándole cariño a este burrillo de juguete. Todo el que entra en mi escritorio le dice sonriendo: Platero. Si alguno no lo sabe y me pregunta qué es, le digo yo: es Platero. Y de tal manera me ha acostumbrado el nombre al sentimiento, que ahora, yo mismo, aunque esté solo, creo que eres tú y lo mimo con mis ojos.

¿Tú? ¡Qué vil es la memoria del corazón humano! Este Platero de cartón me parece hoy más Platero que tú mismo, Platero...

Trayectoria poética de Juan Ramón Jiménez

TEXTOS

La producción de este gran poeta es copiosísima (aún no se ha publicado todo lo que salió de su pluma). Hemos procurado seleccionar textos que ilustran las diversas etapas de su evolución, tal como han quedado definidas².

La poesía «vestida de inocencia» En el libro *Arias tristes* (1903), junto con las primeras huellas del Modernismo, figuran poemas representativos de la primera etapa de Juan Ramón. Así, el que aquí reproducimos. Es un cuadro aldeano finamente estilizado. La ornamentación es mínima. En cambio, la emoción del poeta —su tristeza, su soledad— lo empaña todo, como en el mejor Bécquer.

Entre el velo de la lluvia
que pone gris el paisaje,
pasan las vacas, volviendo
de la dulzura del valle.

La campiña se ha quedado
10 fría y sola con sus árboles;
por las perdidas veredas
hoy no volverá ya nadie.

5 Las tristes esquilas suenan
alejadas, y la tarde
va cayendo tristemente
sin estrellas ni cantares.

Voy a cerrar mi ventana
porque si pierdo en el valle
15 mi corazón, quizás quiera
morirse con el paisaje.

Los «ropajes» del Modernismo Un poema de *La soledad sonora* (1911) será buena muestra de la nueva etapa, «fastuosa de tesoros». Utiliza serventesios de alejandrinos, estrofa típica del Modernismo, como sabemos. La «nostalgia eterna» o la «vaga tristeza» quedan expresadas ahora con un lenguaje refinadísimo, cuajado de notas sensoriales. La impresión de belleza es absoluta. Obsérvese cómo el léxico empleado puede agruparse en torno a esos dos polos: tristeza melancólica y delicada belleza.

Viene una esencia triste de jazmines con luna
y el llanto de una música romántica y lejana...
de las estrellas baja, dolientemente, una
brisa con los colores nuevos de la mañana...

mustio de la armonía, roto de lo distante,
muerto entre rosales pálidos del olvido...

5 Espectral, amarillo, doloroso y fragante,
por la niebla de la avenida voy perdido,

Y aun la luna platea las frondas de tibieza
10 cuando ya el día rosa viene por los jardines,
anegando en sus lumbres esta vaga tristeza
con música, con llanto, con brisa y con jazmines...

«Poesía desnuda» Entramos en la nueva etapa de la lírica juanramoniana. En los cuatro poemitas que siguen (ya hemos dicho que, a partir de 1916, tiende al poema breve), se observarán características que hemos señalado. Y, ante todo, esa concepción de la poesía como «inteligencia» para alcanzar el «nombre exacto» y la esencia oculta de las cosas. Poesía pura, pero con una «pureza» muy distinta de aquella de sus comienzos: ahora ha eliminado todos los halagos formales (obsérvese la casi total ausencia de adjetivos) y alcanza una expresión escueta, casi hermética, con la que pretende comunicarnos vivencias difícilmente comunicables.

[1]

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!
...Que mi palabra sea
la cosa misma,
5 creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
los que no las conocen, a las cosas;

que por mí vayan todos
los que ya las olvidan, a las cosas;
10 que por mí vayan todos
los mismos que las aman, a las cosas...
¡Inteligencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!

(De *Eternidades*, 1918)